

12.000 en el Noroeste de América desde el estrecho del Rey Guillermo y en dirección al Norte. Las cifras son en sus detalles muy variables ora por el frecuente cambio de residencias ora por el exceso de defunciones sobre los nacimientos. La tripulación del *Hansa* encontró despoblada la isla de Iluidlek (Groelandia oriental) en donde Graah vió á una familia compuesta de seis personas. Existen varios ejemplos de cambios de residencia motivados por alteraciones ocurridas en el número de animales de caza, y esto se explica más fácilmente cuando se recuerda que sólo se encuentran territorios favorables á la caza de la foca allí donde pueden atravesarse extensas superficies heladas. Los viajes de esquimales sueltos sin rumbo fijo que pueden calificarse de viajes de exploración no son acontecimientos raros: á este propósito recordaremos la narración de Bessel relativa á un hombre que nacido en la isla de Cumberland emigró con su padre hasta el cabo Isabella, en donde se unieron ambos á una tribu desconocida, en cuya compañía fueron á parar finalmente á Ita, en el estrecho de Smith. McClintock habla de un esquimal que durante el verano fué visto en la isla de Durban y al invierno siguiente aparecía en Ponds Inlet habiendo tenido que recorrer para ello una distancia de 950 kilómetros.

No son mayores las relaciones políticas entre los norte asiáticos: cada una de las diez tribus en que se dividen los yakutas apenas contará, por término medio, más de 300 individuos. No cabe suponer una sólida organización de tribus en aquellos puntos en que, como en el territorio del Kolima, se da el caso de haber un hombre por cada 105 verstas cuadradas. Quizás indican un resto de más sólida organización los nombres de las diez tribus yakutas que se denominan *egin*, al paso que las cuatro primeras son designadas con los nombres de *njatusch*, uno y dos *baidín*, uno y dos *kangalak* y *borogón*. El hecho de que cada tribu tenga sus ancianos y de que éstos formen una especie de comité administrativo especialmente como representación enfrente del gobierno debe atribuirse indudablemente á la influencia rusa.

Es de creer que las relaciones mutuas existentes entre estos pueblos han de ser necesariamente pacíficas por lo mismo que están diseminados en territorio bastante extenso para hacer imposibles las frecuentes contiendas y dado que en la principal fuente de sus recursos, el mar, no puede ser muy grande ni muy reñida la competencia. A pesar de esto sus tradiciones hablan de luchas y de guerras, pero nos parecen un tanto sospechosas por el hecho de ser en la actualidad muy raras las luchas sangrientas; quizás la fantasía de estos ardientes hijos del hielo reproduce muy aumentados estos cuadros sobre el fondo gris del olvido en que está envuelta la historia de su pasado. Mas sea de esto lo que fuere, es lo cierto que en la actualidad las relaciones internacionales de los esquimales están ordenadas de tal manera que casi podemos decir que existe entre ellos una especie de derecho de gentes que las regula y cuyo rasgo fundamental es el precepto de que nunca una tribu lucha contra otra, sino que aun en aquellos casos en que tribus enteras disienten de opinión, queda el asunto zanjado por cierto número de hombres escogidos por cada parte. ¿No podría muy bien ser que esta situación obedeciera á la idea de que en estas regiones tan despobladas sería una locura sacrificar á más de un número reducido de individuos? Ya se comprenderá que es más fácil arreglar una contienda cuando está personificada en unos pocos que cuando tribus enteras se consideran llamadas á resolverla por medio de la guerra.

Es digno de notarse el miedo que sienten hacia los es-

quimales sus vecinos indios: Franklin vió con sorpresa las precauciones que tomaban sus guías indios de la tribu de los *tshipewahis* cuando llegaron á las cercanías de las residencias de los esquimales del río de las Minas de Cobre; desde aquel momento no encendieron fuego sino con la mayor cautela, evitaron los senderos que conducían á las alturas y pintaron con los más siniestros colores el carácter traidor de los esquimales. Hasta en sus leyendas el país esquimal representa el papel de una isla remota á la que fueron conducidos como esclavos algunos indios y de la que sólo milagrosamente pudieron volver. Esto no obstante, existen pruebas de que los esquimales han estado en contacto con los indios y Klutschak afirma que los esquimales del continente tienen en su idioma una palabra para designar á los pieles rojas. El tráfico mercantil entre unos y otros existe desde hace mucho tiempo debiendo confesarse que los pueblos del Sud han dejado sentir su influencia entre los esquimales. El tráfico ha adquirido en el lejano Oeste y en el Este un carácter político. Los *kaniagmutes* del archipiélago Kadiak que en otro tiempo lucharon como héroes contra los rusos, fueron sojuzgados á consecuencia de una guerra por los *kolosches* sedentarios de la parte septentrional de Kadiak y hubieron de aceptar caudillos hereditarios que los vencedores les impusieron y que, según Pinart, subsisten todavía á pesar de hacer mucho tiempo que los *kolosches* han sido á su vez sometidos por los *kaniagmutes*, y entre los cuales encontramos las formas que más se desvían del tipo esquimal como también las singulares deformaciones de la cabeza. Más tarde, el trato pacífico ha hecho prosperar entre los vecinos hiperbóreos algunos injertos indios como por ejemplo el uso de las máscaras. Los esquimales de Labrador se han visto también muy acosados por sus vecinos indios, pero en la actualidad reina la tranquilidad entre ellos gracias á haberse retirado un poco cada uno por su parte los dos contendientes. Sin embargo en tiempo de Ellis estos esquimales del Sudeste fueron devastados, combatidos, hechos prisioneros y asesinados por los indios de las orillas meridional y occidental de la bahía de Hudson, los cuales dieron como pretexto, entre otros, el de que aquéllos tenían la culpa de su poca fortuna en la caza siendo por esta razón tachados de hechiceros. F. Boas ha indicado la probabilidad de que haya surgido en los últimos 40 años un pueblo mestizo de *ugjulikes* y *neitschillikes*; según parece, los primeros, que habitaban en la tierra del Rey Guillermo y en la península Adelaida, se trasladaron al territorio de los segundos (*Boothia Felix*) como emigrantes sueltos, impulsados muchos de ellos por la necesidad de crearse en extranjero país una familia que la escasez de mujeres no les permitía fundar en el suyo.

Las diversas tribus esquimales no son enteramente idénticas por más que los rasgos fundamentales de su existencia y de sus actos sean los mismos aun en territorios entre sí muy distantes; así por ejemplo entre las tribus de la tierra del Rey Guillermo los hombres se distinguen por el corte del cabello y las mujeres por pequeños detalles del tatuaje, tales como la longitud y el número de líneas dibujadas en la barba y en los labios. Los *eivillikes* llevan el cabello largo y caído sobre las sienes y cortado en línea recta únicamente sobre la frente; los *neitschillikes* se cortan el pelo muy corto y los *kinipetus* finalmente lo llevan largo pero separado en la coronilla formando una especie de tonsura. Los que más se desvían del tipo medio son las extremas ramificaciones orientales y occidentales de la Groelandia oriental y los habitantes de la costa meridional de la península Chuktche: en las primeras ha tenido lugar,

como lo demuestra de un modo casi irrefutable la naturaleza corporal y espiritual de sus individuos, una mezcla con inmigrantes extranjeros, probablemente procedentes de tribus escandinavas; los últimos han perdido, gracias al contacto con los *chuktches* rengíferos, algunas cualidades genuinamente esquimales, como la clavija en los labios y las viviendas de tierra.

CAPITULO VI

RELIGIÓN DE LOS HIPERBÓREOS.

«De la religión ó, por mejor decir, la superstición de los groelandeses.»

CRANZ.

Los rasgos fundamentales de las religiones hiperbóreas pertenecen á la religión universal. — El alma. — Los espíritus y los fantasmas. — El Ser Supremo. — Sol y luna. — Constelaciones. — Dioses de la creación. — *Tongarssuk*. — *Sedna*. — Tempestad y trueno. — Infierno y vida futura. — Algunas muestras de leyendas hiperbóreas. — La superstición trivial. — Fetiches. — Influencias extranjeras. — El sacerdocio. — El fondo religioso. — La muerte y la sepultura.

Los rasgos fundamentales de las religiones hiperbóreas son idénticos á las nociones actualmente comunes á la humanidad: por un lado encontramos la idea de una divinidad única de la cual no se han hecho ídolos y por otro la de una vida futura en un eterno verano y la creencia en el cielo y en el infierno, es decir en otra existencia buena y mala. Junto á estas nociones capitales agrúpanse un culto de nociones supersticiosas que se refleja así en las relaciones recíprocas de las tribus como en la vida social de cada una de estas y que imprime su sello aun en los más pequeños detalles de la vida de familia. La superstición es la norma de la existencia y sus raíces ahondan tanto más cuanto que va unida á la creencia en el regreso de las almas de los difuntos, fuente de un verdadero culto de las almas al cual pertenece lo poco que en punto á ídolos se encuentra entre los hiperbóreos y que por lo demás no se diferencia gran cosa del fetichismo.

De entre las creencias de los esquimales lo que sobresale de una manera más tangible y más eficaz es el alma á la cual se considera como un ser independiente que puede abandonar al cuerpo, visitar remotos lugares y volver á encarnarse en aquél. Aun cuando el alma que sobrevive á la muerte tiene la misma forma y presenta el mismo aspecto que el cuerpo, es de condición tan delicada que sólo determinados hombres de inteligencia privilegiada pueden ver una de esas almas libres y ponerse en relaciones con ella. Cranz encontró muy extendida entre algunos groelandeses la creencia en dos almas distintas, la respiración y la sombra: las almas sombras, *tupilakes*, vagan alrededor del muerto durante tres días, transcurridos los cuales descienden á la mansión de los difuntos. Las almas de los muertos dan un gran contingente al número de espíritus que siguen á los vivos unas veces protegiéndoles y otras perjudicándoles. Según la antigua creencia de los groelandeses como según las de los malayos y de los negros, toda la naturaleza está más ó menos poblada de poderes ó «poseedores» visibles sólo en muy contados casos que pueden ser útiles ó causar daño á los hombres. En el número de estos poderes puede ser admitido el hombre y hasta el niño de pecho, pues cuando se da muerte á un niño ó fallece éste por culpa de los parientes se convierte en espíritu malo que persigue á éstos con la desgracia y con la muerte. Igualmente peligroso es el hombre que se hace anacoreta convirtiéndose desde entonces en imagen

de la conciencia y de una suprema justicia castigadora, pues el anacoreta por el hecho de vivir solo con la naturaleza adquiere conocimientos y fuerzas especiales y en el caso más favorable llega á hechicero inspirando miedo su alma después de muerto. De aquí el cuidado y el apresuramiento en alejar al cadáver mientras permanece en él el alma que, según refiere Schiefner hablando de los aleutianos, sopla en el aire como aliento y desciende como sombra á la mansión de los muertos. Las almas que no son admitidas en ésta rugen en la tempestad, sacuden las tiendas y las chozas de nieve y ocasionan daños en donde pueden. Las almas de los que mueren ahogados caen bajo la soberanía del dios del mar *Binnato*-tenaia á quien las sirenas llevan las embarcaciones que hacen naufragar. Las montañas están pobladas de gnomos sobre los cuales reina el temido espíritu *Kluech*: apenas entran en los dominios de éste ofréncenle los *kenais* algunos sacrificios, caminando en silencio ó hablando un idioma distinto del vulgar. Del propio modo llenan los *tadjebyzes* las tundras samoyedas perjudicando ó favoreciendo según la influencia que sobre ellos ejerce el camán, único que puede dirigirles.

De todos estos poderes los que con más frecuencia vemos mencionados son los espíritus subterráneos de las costas que tienen sus viviendas entre los peñascos de la playa y navegan en *kajakes* como los hombres. Estos espíritus son de dos clases, buenos ó malos: estos últimos tienen poder especial sobre el que va en un *kajak* pudiendo atraerle á su estela en donde las olas le azotan y conduciéndole á sus viviendas en donde vive sujeto á una triste esclavitud. Al número de ellos pertenece el temido *Kallopalling* que sumerge al cazador en los abismos metiéndole en la monstruosa capucha de su túnica de piel de pato. En cambio los buenos acompañan y auxilian al cazador y matan para él animales marítimos, pero su proximidad ciega de tal manera á aquél que sus ojos no aciertan á verle. Únicamente desde alguna distancia puede observar que cerca de él navega otro *kajak*. Entre los esquimales de Cumberland, *Krikiru* es el causante de los calambres y de las muertes repentinas de los hombres. Los espíritus de la tempestad persiguen á algunos individuos que luego enferman lentamente hasta que fallecen. El número de semejantes espíritus es infinito, pues aquella naturaleza ruda, grandiosa y solitaria es muy á propósito para la multiplicación de los mismos. La leyenda y las creencias populares colocan el enjambre de sus espíritus especialmente en las cimas de las rocas que surgen entre la nieve como las islas en el mar; allí residen, entre otros, gigantescos halcones que echan á volar llevando un rengífero entre sus garras ó que con su pico agujerean peñascos; una porción de animales de rapiña tan terribles como aquéllos por su ligereza y por su fuerza viven en las grietas del hielo. Sólo unos pocos temerarios se han atrevido á luchar con estos animales conquistándose con ello un renombre para la posteridad. La desaparición de algunas personas en esos fragosos sitios ha sido atribuida á la sed de rapiña que sienten esos monstruos. Finalmente todos los objetos que para nosotros son inanimados están dotados, en sentir de estos pueblos, de un alma, pues, según averiguó ya Egede, en cada cosa vive, á los ojos de los esquimales, un poseedor ó *innúa*.

El mar con sus continuas transformaciones ora movido por la tempestad ora helado en cuanto la vista alcanza, es el principal teatro de los acontecimientos; más raras veces se habla de la tierra como origen de la vida vegetal y por ende como fuente de placeres para el hombre. Aventurarse mar adentro es considerado como prueba de gran valor no